



El Cristianismo Desvelado

Paul Henry Dietrich (Thiry) barón d'Holbach

1723 -1789

©Traducción de Eliseo R. Pérez

Esta traducción queda expresamente liberada de cualquier tipo de derechos, a efectos no comerciales, pudiendo ser citada, en todo o en parte, por cualquier medio de reproducción por personas o entidades sin ánimo de lucro.

El Cristianismo Desvelado	1
A manera de prólogo	4
PREFACIO	6
1.- De la necesidad de examinar la religión y de los obstáculos que se encuentra en este examen	15
2.- Historia abreviada del pueblo judío	20
3.- Historia abreviada del cristianismo	23
4.- De la mitología cristiana, o sobre las ideas que los cristianos tienen acerca de Dios y de su conducta... ..	28
5.- Sobre la revelación	33
6.- Sobre las pruebas de la religión cristiana, de los milagros, de las profecías y de los martirios	37
7.- Sobre los misterios de la religión cristiana	47
8.- Otros misterios y dogmas del cristianismo	52
9.- Sobre los rituales o ceremonias misteriosas o sobre la teúrgia de los cristianos.....	57
10.- Sobre los libros sagrados de los cristianos	60
11.- Sobre la moral cristiana	65
12.- Sobre las virtudes cristianas.....	72
13.- Sobre las prácticas y deberes de la religión cristiana	87
14.- Sobre los efectos políticos de la religión cristiana. ..	94
15.- Sobre la Iglesia, o sobre el sacerdocio de los cristianos.....	102
16.- Conclusión	114

A manera de prólogo

Los escritos del barón d'Holbach son prácticamente inencontrables en España, de ahí que surgiera en los foros en que participo la necesidad de conseguir alguno de los escritos de este escritor famoso pero prácticamente desconocido. Para mis amigos de Cyberateos, los de la Federación Internacional de Ateos (FIDA) etc. he traducido el capítulo I de la II parte de "Sistema de la naturaleza –su obra cumbre- y esta breve obra. Yo aconsejo para aquellos que sepan y puedan leer el valenciano la magnífica introducción de Josep Lluís Teodoro a la edición de *El cristianismo sense vels* editado por la Universidad de Valencia.

Como brevísimo resumen de la biografía del barón, baste decir que poseedor de cuantiosos bienes fue mecenas de otros escritores a los que ayudó a publicar sus obras, Helvetius, Bufón, Rousseau, etc. fueron habituales de su casa.

Sus obras: *Theologie portative* (Londres, 1768), *La contagion sacrée* (Londres, 1768), *L'esprit du judaïsme* (Londres, 1770), *Essai sur les préjugés* (Londres, 1770), *Histoire critique de Jesus Christ* (sin fecha). Un dato interesante es que en 1768 edita "De rerum natura" de Lucrecio en traducción francesa de La Grange..

Durante los años setenta escribe el *Système de la Nature* (Londres 1770, bajo el seudónimo de M. Mirabaud). Durante la década se publicarán sus grandes obras: *Le Bon Sens* (1772), *Politique Naturelle* (1773), *Système Social* (1773), *Ethocracie* (1776), *La moral universelle* (1776).

Hombre de poderoso intelecto su pensamiento era mejor que su pluma, su estilo resulta reiterativo pero eso no le resta méritos

Espero sinceramente haber contribuido un poco a la difusión de su obra. Y como escribían nuestros viejos sainetistas

Perdonad sus muchas faltas

Eliseo R. Pérez

EL CRISTIANISMO DESVELADO

O EXAMEN DE LOS PRINCIPIOS Y DE LOS EFECTOS DE LA RELIGIÓN CRISTIANA

Por el difunto Sr. Boulanger

La superstición es un error de locos: tiene
miedo de quienes debería estimar, ofende
a quienes honra; ¿Qué diferencia hay,
pues, entre negar los dioses o deshonrar-
los?

Sen. Ep. 125, 16

PREFACIO

Carta del autor

Acepto, señor, con reconocimiento, las observaciones que me envía sobre mi obra. Si bien soy sensible a los elogios que se digna hacerme, estimo demasiado la verdad para sorprenderme de la franqueza con que me expone sus objeciones; las encuentro muy graves para merecer toda vuestra atención. Sería mostrarse mal filósofo no tener el valor de ver que contradicen mis opiniones. No somos teólogos, nuestras peleas son del estilo de las que acaban amigablemente, no debemos parecernos a los apóstoles de la superstición, que solo buscan sorprenderse mutuamente con argumentos capciosos y que, a expensas de la buena fe, no luchan sino para defender la causa de la vanidad y de su terquedad. Deseamos los dos el bien del género humano, busquemos la verdad, no podemos, una vez admitido eso estar faltos de acuerdo.

Comencemos por admitir la necesidad de examinar la religión y de someter sus opiniones al tribunal de la razón; estaréis de acuerdo en el hecho del que el cristianismo puede soportar este examen, y que a los ojos del sentido común no parece sino un conglomerado de absurdos, de fábulas alocadas, de dogmas insensatos, de ceremonias pueriles, de dogmas usurpados a los caldeos, a los egipcios, a los fenicios, a los griegos y a los romanos. En una palabra, confesad que este sistema religioso no es mas que el producto informe de casi todas las antiguas supersticiones engendradas por el fanatismo oriental y, debidamente modificadas por las circunstancias, el tiempo, los intereses, los caprichos o los prejuicios de aquellos que mas tarde han presumido de inspirados, de enviados de Dios o de intérpretes de sus nuevas voluntades.

Temblad por los horrores que el espíritu intolerante de los cristianos les ha hecho cometer cada vez que han tenido el poder, ved que una religión fundada sobre un Dios sanguinario no puede ser sino una religión de sangre, gemid por este delirio que se apodera desde la niñez del espíritu de los príncipes y de los pueblos y los vuelve igualmente esclavos de la superstición y de sus sacerdotes, les impide conocer sus verdaderos intereses, los torna sordos a la razón y los separa de los grandes objetivos que les habrían de ocupar.

Reconoced que una religión basada en el capricho o en la inpostura no puede tener principios seguros, ha de ser una fuente constante de disturbios, persecuciones, devastaciones, sobre todo cuando el poder político se crea indispensablemente obligado a entrar en sus querellas.

En definitiva estaréis de acuerdo que un buen cristiano que sigue literalmente la doctrina que le prescribe el evangelio como la mas perfecta, no conoce en este mundo nada de las relaciones sobre las que se fundamenta la verdadera moral y solamente puede ser un misántropo inútil, si está falto de energía, o no es sino un fanático turbulento si tiene el ánimo inflamado.

Después de esta confesión ¿Cómo podría se que juzgaseis mi obra peligrosa? Me he dicho que el sabio debe pensar por el mismo, que es necesaria una religión, buena o dolorosa, para el pueblo, que ésta es un freno necesario para los espíritus simples y groseros que sin ella no tendrían motivo para abstenerse del crimen y del vicio. Considerad la reforma de los prejuicios religiosos como cosa imposible, juzgad a los príncipes que son los únicos que la podrían realizar; están demasiado interesados en mantener a sus súbditos en la ceguera de la cual se aprovechan. Estos son –si no me equivoco- las objeciones más fuertes que me he hecho, voy a tratar de contestarlas.

En primer lugar, yo no creo que un libro pueda ser peligroso para el pueblo. El pueblo no lee más que razona, no tiene el hábito ni la capacidad; por otro lado no es la religión sino la ley la que contiene a la gente del pueblo, y si un insensato les dijera de robar o de asesinar el cadalso les advertiría de no hacerlo. Además, si por casualidad hubiese entre el pueblo un hombre con capacidad para leer una obra filosófica, es seguro que este hombre no sería –por regla general- un criminal temible.

Los libros solo están hechos para aquella parte de una nación en que las circunstancias, la educación y los sentimientos la ponen por encima del crimen. Esta porción ilustrada de la sociedad, que gobierna a la otra, lee y juzga las obras: si contienen máximas falsas o perjudiciales son prontamente condenados al olvido o libradas a la execración pública; si contienen verdades no han de correr ese peligro. Son los fanáticos, los sacerdotes y los ignorantes los que hacen las revueltas, las personas ilustradas son siempre amigas del reposo.

Vos no giráis, señor, entre aquellos pensadores pusilánimes que creen que la verdad sea capaz de perjudicar: ésta no perjudica sino a quienes engañan a los hombres y será siempre útil al resto de la humanidad. Todo os habrá llevado, desde hace largo tiempo, a la convicción de que todos los males con que nuestra especie es afligida solo provienen de nuestros errores, de nuestros intereses mal

entendidos, de nuestros prejuicios, de las ideas falsas que aplicamos a los objetos.

En efecto, por poco tiempo que perdamos es fácil ver que son los prejuicios religiosos los que han corrompido la política y la moral. ¿No son las ideas religiosas y sobrenaturales las que hicieron que nuestros reyes y gobernantes fueran contemplados como dioses?. Es la religión la culpable de que brotaran déspotas y tiranos, estos hicieron leyes dolorosas¹, su ejemplo corrompió a la nobleza, los nobles corrompieron a los pueblos, los pueblos viciados resultaron esclavos infortunados, ocupados en perjudicarse por complacer a la nobleza y por salir de la miseria. Los reyes fueron tenidos por imágenes de Dios y fueron absolutistas como él, determinaron lo que era justo e injusto, sus voluntades santificaron seguidamente la opresión, la violencia, la rapiña; y fue por la bajeza, por vicio y por crímenes como se obtuvo el favor. Es así como las naciones se han llenado de ciudadanos perversos que bajo unos dirigentes corrompidos por las nociones religiosas se han hecho continuamente una guerra abierta o clandestina y no han tenido motivos para practicar la virtud.. En sociedades así constituidas ¿qué puede hacer la religión? Sus terrores lejanos, sus promesas inefables ¿han impedido nunca a los hombres librarse a sus pasiones o buscar la felicidad por vías mas fáciles? ¿Esta religión ha influido sobre las costumbres de los reyes que le debe su poder divino? ¿No vemos a los príncipes, llenos de fe, emprender a cada momento las más injustas guerras, prodigar inútilmente la sangre y los bienes de sus súbditos, arrancar el pan de la mano del pobre para aumentar los tesoros del rico insaciable, permitir, cuando no ordenar, el robo o las injusticias?

Esta religión, que tantos soberanos consideran el soporte de su trono, ¿les hace más humanos mas regulados, mas temperados, más castos, mas fieles a sus juramentos? ¡Ah! Por poco que se consulte la historia veremos soberanos ortodoxos, llenos de celo y religiosos casi hasta el escrúpulo que son a la vez perjuros, ladrones, usurpadores, adúlteros, asesinos, hombres que actúan como si no tuviesen ningún temor del Dios que honran solo con la boca. Entre losa cortesanos que los rodean veremos una alianza continua entre el cristianismo y el crimen, entre devoción e iniquidad, entre fe y vejaciones, entre religión y traición.

Entre los sacerdotes de un Dios pobre y crucificado que fundamentan su creencia en la religión, que pretenden que sin ella no puede haber nada moral, no vemos reinar el orgullo, la avaricia, la

¹ He expuesto esta verdad con toda claridad en mis *Investigaciones sobre el origen del despotismo Oriental*

lubricidad, el espíritu de la dominación y la venganza?² Sus continuas predicaciones, reiteradas después de tantos siglos ¿Son verdaderamente útiles? ¿Cambian el corazón de los pueblos que las escuchan? Según lo que admiten estos mismos doctores, estas conversiones son muy raras, viven siempre del depósito de siglos, la perversidad humana aumenta cada día y cada día declaman contra los vicios y crímenes que la costumbre autoriza, que el gobierno encarece, que la opinión favorece, que el poder recompensa y que cada uno está interesado en cometer so pena de ser aislado.

Así, según lo que confiesan los mismos ministros de la religión, cuyos preceptos han inculcado desde la niñez y repiten sin pausa, no pueden nada contra la depravación de las costumbres. Los hombres dejan siempre a un lado a la religión desde el momento en que se opone a sus deseos, no la escuchan sino cuando favorece sus pasiones, cuando concuerda con su temperamento y con las ideas que se hacen de la felicidad. El libertino se burla cuando ésta condena sus excesos, la ambición la menosprecia cuando pone límite a sus deseos, el tacaño no la escucha cuando le habla de repartir sus favores, el cortesano ríe de su simplicidad cuando le ordena ser franco y sincero. De otra parte, el soberano es dócil a sus alianzas cuando dice que él es la imagen de la divinidad, que ha de ser absoluto como ella, que es el propietario de la vida y los bienes de cada uno de sus súbditos, que ha de exterminarlos cuando no piensen como él.

El bilioso escucha ávidamente a su capellán cuando éste le ordena odiar, el vengativo lo obedece cuando le permite vengarse, so pretexto de vengar a su Dios. La religión no cambia las pasiones de los hombres que solo la escuchan cuando habla al unísono de sus deseos; solo los cambia en el lecho de muerte, entonces el cambio es inútil para la sociedad, y el perdón del cielo, que se promete al arrepentimiento infructuoso de los moribundos, encoraja a los vivos a persistir en el desorden hasta el último momento.

A veces la religión predica la virtud, cuando esta virtud resulta contraria a los intereses de los hombres o no conduce a ninguna parte. No se pueden dar leyes a una nación cuando su propio soberano no sigue las leyes ni la virtud, donde los nobles consideran esta virtud como una debilidad, donde los sacerdotes la degradan con su conducta, donde el hombre del pueblo, a pesar de las arengas de los

² Cuando nos quejamos de los desordenes del clero nos cierran la boca diciéndonos “*No hay que hacer caso a lo que hacen sino a lo que dicen*” ¿Que confianza podemos tener en unos médicos que cuando padecen los mismos males que nosotros, no se quieren tomar las medicinas que ellos mismos nos aconsejan?

predicadores piensa que para salir de la pobreza debe prestarse a los vicios de los poderosos.

En las sociedades constituidas así la moral no es más que una preocupación estéril, adecuada a ejercitar el espíritu pero sin influir en la conducta de nadie, salvo un pequeño número de hombres cuyo temperamento los ha hecho moderados y contentos de su suerte.

Todos los que quieren hacer fortuna o tornar más dulce su destino, se dejarán arrastrar por la corriente general que les obligará a salvar los obstáculos que oponga su conciencia. No es, pues, el sacerdote, es el soberano quien puede establecer las costumbres de un Estado. Ha de predicar con el ejemplo, ha de espantar el crimen con castigos, ha de invitar a la virtud con recompensas, ha de velar sobre todo por la educación pública, para que solo se siembren en el corazón de sus súbditos las pasiones útiles para la sociedad. Entre nosotros, la educación no preocupa a la política que muestra la mayor indiferencia sobre el objeto más esencial para la felicidad de sus estados. En casi todos los pueblos modernos la educación pública se limita a enseñar lenguas inútiles para la mayor parte de quienes aprenden; en lugar de moral, se inculca a los cristianos fábulas maravillosas y dogmas inconcebibles de una religión opuesta a la recta razón; desde el primer paso del niño en los estudios se le enseña que debe renunciar al testimonio de sus sentidos, someter su razón —que se le describe como una guía infiel— y remitirse ciegamente a la autoridad de sus maestros. ¿Pero, quienes son sus maestros? Son sacerdotes interesados en mantener el universo en unas opiniones cuyos frutos solo ellos pueden recoger. Estos pedagogos mercenarios, llenos de ignorancia y de prejuicios, están raramente a nivel de la sociedad. Sus almas abyectas y encogidas ¿son capaces de instruir a sus alumnos de aquello que ignoran? Unos pedantes, envilecidos a los mismos ojos de quienes les confían sus hijos ¿están en situación de inspirar a sus alumnos el deseo de gloria, de la noble emulación, los sentimientos generosos que son la fuente de todas las cualidades útiles a la república? ¿Les enseñaran a estimar el bien público, a servir a la patria, a conocer los deberes del hombre y del ciudadano, del padre de familia y de los infantes, de los errores y de los servidores? No, sin duda, de las manos de estos guías ineptos y despreciables solo vemos salir ignorantes supersticiosos, los cuales si han aprovechado las lecciones que han recibido, no saben nada de las cosas necesarias para la sociedad de la cual se convertirán en miembros inútiles. A cualquier lugar que dirijamos nuestras miradas veremos el estudio de las cuestiones más importantes para el hombre totalmente abandonado.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

